

«CONJUGACION POETICA DEL GRECO»

Comentar un libro de versos es empeño difícil; y si el libro es de versos dedicados a glosar la esquinada significación de la obra del Greco, más. Entre otras cosas, porque al comentarista le acecha la tentación de echar su cuarto a espadas en la interpretación de la pintura del cretense, sobre la que también, como el que más y el que menos, tiene, aunque informada, su propia teoría.

El propósito de Juan Antonio Villacañas, ambicioso, podrá o no haber cuajado en una interpretación antologable, pero dice mucho en favor del aliento vocacional del que le ha acometido. Juan Antonio Villacañas gusta de producir aludiendo —aludiendo tan sólo— a la realidad; aboceteando unas prefiguraciones astrales, poéticos fantasmas de las cosas. Es natural, por ende, que haya intentado cuajar una producción representativa frente a los pintados fantasmas que constituyen el Apostolado del Greco. Y la ha llevado a cabo mediante un portentoso derroche de metáforas, sin que le haya arredrado, al parecer, la desfavorable circunstancia de que, a lo largo y a lo ancho de las letras actuales, se encuentren por doquier, mostrencas a fuer de transitadas, incontables técnicas de aproximación al hecho por el camino de la transposición, de la parábola, del tropo violentado hasta el absurdo. Sin eludir ninguna de las dificultades formales de la moderna poesía, Villacañas ha logrado un volumen breve y difícil, en cuyas páginas se nos insinúan retazos de mar, de muerte, de luz de esterillas y de penumbras que no tienen hora exacta en ningún reloj industrial. Así es el arte de Villacañas, y así se puede interpretar, entre de otras muchas maneras, el arte del Greco. Porque sería insensato pretender que cualquier interpretación, breve

además, del arte del Greco, pueda resultar exhaustiva.

Ha eludido Villacañas en este su intento de aproximación poética a la pintura del cretense, incurrir en el descriptivismo con que Machado, por ejemplo, se aproximó al retrato de Felipe III. El arte de Villacañas es muy otro que el de Machado. De la misma manera que el superrealismo de Theotocopoulos no tiene nada que ver con la franqueza de don Diego, un andaluz que pintaba en holandés. Si el color para el Greco es un recurso de expresión antes que un accidente formal de las cosas, el lenguaje, para Villacañas, es, antes que un instrumento de comunicación inteligible, un acervo de imágenes, válidas por sí mismas, cuya utilización ha de llevar a cabo el poeta, si que con pulso firme, con aparente negligencia cuando la ocasión lo requiere. Porque en ocasiones la imprecisión y el desdibujo expresan mejor que la definición y el trazo firme.

Avaloran el volumen —una edición pulcra y de moderno corte de «Helitípiya Española»—, además de una expresiva portada de Moragón y de unas preciosas reproducciones de cuadros del Greco, que por sí solas valdrían quizá el esfuerzo editorial, prólogos y glosas de Carlos Sander, chileno y autor; del Profesor don Guillermo Téllez, Académico numerario de la Real de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, y fino crítico de Arte; y de don Clemente Palencia, en fin, Cronista Oficial de Toledo, delicado erudito y buen poeta también, pulsador amoroso de la vieja arpa lírica. Los tres, con fina percepción, abundan en el justo elogio que sin duda merece la obra poética de Villacañas en conjunto, y, concretamente, la colección de versos, cuya edición se comenta.

JOSÉ PEDRAZA

«LOS DE ABAJO», *Poemas de Alfonso Villagómez*

(EDITADO EN ORENSE, 1958)

Sin prólogos, sin solapas publicitarias, biográficas o autobiográficas, Alfonso Villagómez desde lejos, no en la distancia, se decide a publicar un libro de versos.

Grande valentía la suya, gran ilusión puesta en el primer libro, que nos parece una quimera hecha realidad y una realidad estupenda.

A Alfonso Villagómez le conocemos desde sus estudios de Bachillerato en los HH. Maristas de Toledo. Villagómez es un universitario en el pleno ejercicio de su profesión.

En estas condiciones, a A. Villagómez no podemos engañarle, no debemos engañarle. Sin embargo, no tema, su libro sólo nos mueve a emoción, aliento y felicitaciones.

Poner un libro en la calle cuesta mucho en todos los órdenes, para con una inconsciencia suma vayamos ahora a romper el encanto.

Villagómez en nuestro silencio, comprenderá. Es inteligente y de voluntad vocacional. Cuando se decide a hacer una cosa la termina redonda y completa.

El solo título «Destierro en la Esperanza», que recoge por su temática once poesías, nos da idea clara de la melancólica nostalgia que invade al poeta, desplazado de su ciudad y que sin embargo la canta en «Toledo», «Zocodover», «Cuesta de la Ciudad», títulos todos ellos que inician sus versos.

Vino el día, y el coso ya colmena,
corrillo, foro, crónica del hecho,

urbe y campo (sin surco), lonja y lecho
de la voz que el mercader torna amena.

En esta sencillez está plena e íntimamente reflejado Villagómez, y su obra por lo mismo es auténtica y noble.

Sencillez y autenticidad que debían emplear todos los versificadores y no andarse con el Casares rebuscando sinónimos y palabras raras que hacen, por su dificultad y retorcimiento, que la poesía actual, al igual que la pintura abstracta, tenga pocos amigos, y si dé lugar a chirigotas y regocijos en el momento que se lee que «el alma se ha quedado doblada en una esquina».

Villagómez, sencillez y ternura, acierta cuando observa a un niño:

El niño tiene una pena
y en las noches de verano
sueña que la luna llena
viene a beber en sus manos.

Cuando regresa a la simplicidad de un romancillo, cuando recuerda los primeros años, cuando canta a la madre...

Pulcra y correctamente editado, el libro lleva cuatro ilustraciones de Julián Cebrián, hábiles y acertadas.

F.